



1823-1824

SOBRE VOLTAIRE

Diciembre, 1823



RANCISCO María Arouet, tan célebre bajo el nombre de Voltaire, nació en Châtinay el 20 de febrero de 1694, de una familia de magistrados. Fué educado en el colegio de jesuitas, donde uno de los regentes, el padre Lejay, le predijo, según se asegura, que sería el corifeo del deísmo en Francia.

Apenas salido Arouet del colegio, cuyo talento se despertaba con toda la fuerza y toda la candidez de la juventud, tuvo por una parte, en su padre, un inflexible contenedor, y por otro, en su padrino, el abate de Châteauneuf, un pervertidor complaciente. El padre condenaba todo estudio literario sin saber por qué, y, por consiguiente, con una obstinación insuperable. Al padrino, que, por el contrario, alentaba los ensayos de Arouet, le gustaban mucho los versos, sobre todo los realzados por cierto sabor de licencia ó de impiedad. El uno quería encerrar el poeta en un bufete de procurador; el otro extraviaba al joven en todos los

salones. M. Arouet prohibía toda lectura á su hijo; Ninón de Lenclos dejaba una biblioteca al discípulo de su amigo Châteauneuf. Así es que el genio de Voltaire sufrió desde la cuna la desgracia de dos acciones contrarias é igualmente funestas; una que tendía á ahogar violentamente ese fuego sagrado que no se puede apagar; otra que lo alimentaba sin consideraciones, en detrimento de lo más noble y respetable en el orden intelectual y en el orden social. Tal vez esas dos impulsiones opuestas, imprimidas violentamente á la vez en el primer ímpetu de esta potente imaginación, han viciado para siempre su dirección. A lo menos se les puede atribuir los primeros desvíos del talento de Voltaire, hostigado á la vez por el freno y la espuela.

De ahí que al principio de su carrera se le atribuyesen unos malos versos, bastante impertinentes, por los que le encerraron en la Bastilla, castigo riguroso por unos malos consonantes. Durante ese ocio forzado, Voltaire, que tenía entonces veintidós años, trazó las grandes líneas de su anodino poema la *Liga*, más tarde la *Henriada*, y terminó su notable drama *Edipo*. Al cabo de unos cuantos meses de Bastilla, fué puesto en libertad y pensionado por el regente de Orleáns, á quien agradeció que le favoreciese encargándose de su manutención, pero que no se preocupase por su habitación.

*Edipo* se representó con éxito en 1718. Lamotte, el oráculo de aquella época, se dignó consagrar este triunfo con algunas palabras sacramentales, y empezó la fama de Voltaire. Tal vez Lamotte es hoy inmortal por haberle citado Voltaire en sus escritos.

A *Edipo* sucedió la tragedia *Artemisa*, que fracasó. Voltaire hizo un viaje á Bruselas para visitar á J. J. Rousseau, que tan singularmente había sido llamado grande. Los dos poetas se estimaban antes de

conocerse y se separaron enemigos. Dicese que recíprocamente se tenían envidia el uno al otro. No sería esto un signo de superioridad.

Refundida *Artemisa* y representada de nuevo en 1724 con el título de *Mariana*, tuvo mucho éxito sin ser mejor. Por la misma época salió la *Liga* ó la *Henriada*, y Francia no tuvo un poema épico. Voltaire sustituyó en su poema Mornay á Sully, por tener alguna queja del descendiente del gran ministro. Esta venganza poco filosófica es excusable por ser Voltaire; insultado cobardemente por no sé cuál caballero de Rohan, frente al hotel de Sully, se vió abandonado por la autoridad judicial, sin poder acudir á otra.

Justamente indignado Voltaire del silencio de las leyes respecto de su despreciable agresor, y ya célebre, retiróse á Inglaterra, dedicándose al estudio de los sofistas. Sin embargo, no perdió el tiempo; hizo otras dos tragedias, *Bruto* y *César*, de las cuales Corneille habría firmado algunas escenas.

De vuelta á Francia, dió á la escena sucesivamente *Erifilo*, que fracasó, y *Zaira*, obra maestra concebida y terminada en diez y ocho días, á la que sólo falta el color local y cierta severidad de estilo. *Zaira* tuvo un éxito prodigioso y merecido. La tragedia *Adelaida Du Guesclin* (después el *Duque de Foix*), se estrenó después de *Zaira* y tuvo muy distinto éxito que esta última. Algunas publicaciones menos importantes, como el *Templo del gusto*, las *Cartas sobre los ingleses*, etc., atormentaron la vida de Voltaire durante algunos años.

Sin embargo, su nombre ya llenaba á Europa. Retiróse á Cirey, en casa la marquesa du Châtelet, mujer que, según expresión del propio Voltaire, era capaz para todas las ciencias excepto la de la vida, donde comprimía su hermosa imaginación en la ari-

dez del álgebra y la geometría, escribía *Alcira*, *Mahoma*, la *Historia espiritual de Carlos XII*, reunía los materiales para el *Siglo de Luis XIV*, preparaba el *Ensayo sobre las costumbres de las naciones*, y enviaba madrigales á Federico, príncipe heredero de Prusia. *Mérove*, escrita también en Cirey, acabó de consagrar la reputación dramática de Voltaire. Entonces creyó poder presentar su candidatura en la Academia francesa para la vacante del cardenal de Fleury. No fué elegido. Entonces sólo era un genio. No obstante, algún tiempo después, empezó á adular á madama de Pompadour; hizolo con tan complaciente tenacidad, que al mismo tiempo fué elegido académico y nombrado gentilhomme de cámara é historiógrafo de Francia. Poco duró este favor. Retiróse Voltaire, sucesivamente, á Lunéville; á casa el buen Estanislao, rey de Polonia y duque de Lorena; á Sceaux, en casa madama du Maine, donde hizo *Sémiramis*, *Orestes* y *Roma salvada*; y á Berlín, en casa Federico, coronado rey de Prusia. En este último retiro pasó varios años con el título de gentilhomme, la cruz del mérito de Prusia y una pensión. Era admitido en las cenas reales con Maupertuis, D'Argens y Lamettrie, ateo del rey, de ese rey que, según el mismo Voltaire, vivía sin corte, sin consejo y sin culto. No había la sublime amistad de Aristóteles y Alejandro, de Terencio y de Scipión. Bastaron algunos años de roce para gastar lo que tenían de común el alma del déspota filósofo y la del sofista poeta. Voltaire quiso huir de Berlín. Federico le echó.

Echado Voltaire de Prusia, rechazado de Francia, pasó dos años en Alemania, donde publicó sus *Anales del Imperio*, escritos para complacer á la duquesa de Sajonia-Gotha; después fué á instalarse definitivamente á las puertas de Ginebra con su sobrina madama Denis.

El primer fruto de su retiro, donde habría vivido en paz si ávidos libreros no hubiesen publicado su odiosa *Doncella*, fué el *Huérfano de la China*, tragedia donde todavía brilla casi todo su talento. En esta misma época y en sus diversas residencias de las Delicias, de Tournay y de Ferney, hizo un poema sobre el *Temblor de tierra en Lisboa*, la tragedia *Tancredo*, algunos cuentos y diferentes opúsculos. Entonces defendió, con una generosidad mezclada con demasiada ostentación, á Calas, Sirven, La Barre, Montbailli, Lally, deplorables víctimas de errores judiciales. Entonces riñó con Juan-Jacobo, entró en relaciones con Catalina de Rusia, para la que escribió la historia de su antepasado Pedro I, y se reconcilió con Federico. De ese mismo tiempo data su cooperación á la *Enciclopedia*, en cuya obra unos hombres que quisieron probar su empuje no probaron más que su debilidad, monumento monstruoso espantosamente comparable al *Monitor* de nuestra revolución.

Cargado de años, quiso volver á ver París. Volvió á esta Babilonia que simpatizaba con su genio. Saludado por aclamaciones unánimes, el pobre anciano pudo ver, antes de morir, cuán avanzada estaba su obra. Pudo gozar ó espantarse de su gloria. No le quedaba ya bastante fuerza vital para sostener las emociones de ese viaje, y París le vió expirar el 30 de mayo de 1778. Los *esprits forts* pretendieron que se había llevado la incredulidad á la tumba. No le seguiremos hasta allí.

Hemos contado la vida privada de Voltaire; vamos á ensayar la pintura de su existencia pública y literaria.

Hablar de Voltaire es caracterizar todo el siglo xviii; es fijar en un solo rasgo la fisonomía histórica y literaria de esa época, que, dígase lo que se quiera, no fué más que una época de transición, tanto para la

sociedad como para la poesía. El siglo XVIII aparecerá siempre en la historia como asfixiado entre el siglo que le precede y el que le sigue. Voltaire fué el personaje principal y en cierto modo típico de él, y por prodigioso que fuese ese hombre, sus proporciones parecen muy mezquinas entre la grandiosa imagen de Luis XIV y la gigantesca figura de Napoleón.

En Voltaire hay dos seres. Su vida tuvo dos influencias. Sus escritos dieron resultados. Echaremos una ojeada sobre esta doble acción, una de las cuales dominó las letras, y la otra se manifestó en los acontecimientos. Estudiaremos separadamente cada uno de esos dos reinados del genio de Voltaire. No hay que olvidar, sin embargo, que su doble potencia estuvo íntimamente coordinada, y que los efectos de esa potencia, más bien mezclados que enlazados, han tenido siempre algo de simultáneo y de común. Si en esta nota dividimos el examen, es únicamente porque no nos consideramos con fuerzas suficientes para abarcar de un solo golpe de vista ese conjunto sutilísimo; imitando con ello el artificio de esos artistas orientales que, impotentes para pintar una figura de frente, llegan, no obstante, á representarla enteramente, encerrando los dos perfiles en un mismo marco.

En literatura, Voltaire ha dejado uno de esos monumentos cuyo aspecto impone más bien por sus dimensiones que por su grandiosidad. El edificio que ha construído no tiene nada de augusto. No es el palacio de los reyes, ni el asilo del pobre. Es un bazar elegante y vasto, irregular y cómodo; extendiendo innumerables riquezas en el lodo; dando á todos los intereses, á todas las variedades, á todas las pasiones, lo que les conviene; deslumbrador y fétido; ofreciendo prostituciones por voluptuosidades; poblado de vagabundos, de mercaderes y de ociosos, poco frecuentado

por el cura y el indigente. Allí, brillantes galerías inundadas incesantemente por una multitud admirada; allí, antros secretos que nadie se vanagloria de haber penetrado. Bajo esos arcos suntuosos encontraréis mil maravillas de buen gusto y arte, resplandientes de oro y de diamantes; pero no busquéis la estatua de bronce de formas antiguas y severas. Encontraréis aderezos para vuestros salones y gabinetes; no busquéis los adornos convenientes para un santuario. ¡Desgraciado el débil que sólo tiene un alma por fortuna y la expone á las seducciones de esa magnífica cueva, templo monstruoso donde se hallan testimonios para todo menos para la verdad, un culto para todo lo que no es Dios!

Si de un monumento como ese hablamos con admiración, no se nos exigirá, ciertamente, que hablemos de él con respeto.

Tendríamos compasión de una ciudad en la que la multitud llenase el bazar y la iglesia estuviera solitaria; compadeceríamos una literatura que desertase el sendero de Corneille y Bossuet, para correr detrás de Voltaire.

Lejos de nosotros, no obstante, la idea de negar el genio de ese hombre extraordinario. Precisamente porque tenemos la convicción de que este genio era tal vez uno de los más hermosos que haya poseído escritor alguno, deploramos amargamente el frívolo y funesto empleo. Sentimos, tanto por él como por las letras, que haya dirigido contra el cielo esa potencia intelectual que del cielo había recibido. Nos entristece que ese gran genio no haya comprendido su sublime misión, que ese ingrato haya profanado la castidad de la musa y la santidad de la patria, que ese tráfuga no se haya acordado de que el trípode del poeta ha de estar cerca del altar. Y (lo que es de una profunda é inevitable verdad) hasta su falta llevaba consigo el

castigo. Su gloria es mucho menor de lo que debía ser, porque ha intentado adquirir todas las glorias, incluso la de Erostrato. Desbrozó todos los campos, sin que se pueda decir que haya cultivado ninguno. Y habiendo tenido la culpable ambición de sembrar gérmenes nutritivos y gérmenes venenosos, para eterna vergüenza suya, los venenos son los que más han fructificado. Como composición literaria, la *Henriada* es todavía muy inferior á la *Doncella* (lo que no significa ciertamente que esta última sea superior, ni dentro su género vergonzoso). Sus sátiras, impregnadas á veces de un estigma infernal, están muy por encima de sus comedias, mucho más inocentes. Prefiérense sus poesías ligeras, en que su cinismo frecuentemente aparece desnudo, á sus poesías líricas, en las que á veces se encuentran versos religiosos graves (1). En fin, sus cuentos, de una incredulidad y un escepticismo tan desconsoladores, valen mucho más que sus historias, en las que se deja sentir un poco menos el mismo defecto; pero cuya continua ausencia de dignidad está en contradicción con el propio género de estas obras. En cuanto á sus tragedias, donde realmente se encuentra menos poeta y halla con frecuencia el rasgo del carácter, la frase que parte del corazón, no puede negarse, á pesar de tantas escenas admirables, que está bastante lejos de Racine, y sobre todo de Corneille. Y es tanto menos sospechosa nuestra opinión, cuanto que un examen profundo de las obras dramáticas de Voltaire nos ha convencido de su gran

(1) El conde de Maistre, en su severo y notable retrato de Voltaire, observa que es una nulidad en las odas, y con razón lo atribuye á la falta de entusiasmo. En efecto, Voltaire, que se ocupaba con antipatía de la poesía lírica, y lo hacía solamente por su pretensión á la universalidad, era ajeno á toda exaltación profunda; no conocía otra emoción verdadera que la de la cólera, y aún esta cólera no llegaba la indignación, á esa indignación que, como dice Juvenal, convierte en poeta: *facit indignatio versum*.

superioridad en el teatro. No dudamos de que si Voltaire, en vez de dispersar las fuerzas colosales de su pensamiento sobre diferentes puntos, las hubiese reunido todas hacia un mismo objetivo, la tragedia, habría sobrepujado á Racine y tal vez igualado á Corneille. Pero gastó todas las energías de su genio en agudeza. Por eso fué prodigiosamente ingenioso. De ahí que el sello de su genio esté impreso, mejor en el vasto conjunto de sus obras que en cada una de ellas en particular. Preocupándose incesantemente de su siglo, descuidaba demasiado la posteridad, esa imagen austera que debe dominar las meditaciones del poeta. Luchando en capricho y en frivolidad, con sus frívolos y caprichosos contemporáneos, quería agradecerles y burlarse de ellos. Su musa, que hubiera sido tan hermosa de por sí, adornóse con frecuencia con los matices de colorete y las muecas de la coquetería, haciendo pensar continuamente en darle este consejo de amante celoso:

Epargne-toi ce soin;

L'art n'est pas fait pour toi, tu n'en as pas besoin (1).

Voltaire parecía ignorar que la fuerza tiene mucha gracia, y que lo más sublime en las obras del espíritu humano es tal vez lo más cándido. Porque la imaginación sabe revelar su celeste origen sin recurrir á artificios extraños. Le basta ponerse en movimiento para aparecer diosa. *Et vera incessu patuit dea*.

Si fuese posible resumir la idea múltiple que presenta la existencia literaria de Voltaire, sólo podríamos considerarla entre esos prodigios que los últimos llamaban *monetra*. Voltaire es, en efecto, un fenó-

(1) Ahórrate ese cuidado; el arte no se hizo para ti, ni le necesitas.

meno tal vez único, que no podía nacer más que en Francia y en el siglo XVIII. Entre su literatura y la del gran siglo, hay la diferencia de que Corneille, Molière y Pascal pertenecían más á la sociedad y Voltaire á la civilización. Leyéndole, se siente que es el escritor de una edad enervada é insípida. Es agradable y carece de gracia; tiene prestigio, pero sin encanto; es brillante, pero no majestuoso. Sabe adular y no sabe consolar. Fascina, pero no persuade. Excepto en la tragedia, que es propia para él, su talento está falto de ternura y de franqueza. Se siente que todo aquello es el resultado de una organización, y no el efecto de una inspiración; y cuando un médico ateo os dice que tiene á Voltaire en sus tendones y sus nervios, tembláis de que tenga razón. Por lo demás, como otro ambicioso más moderno que soñaba la supremacía política, Voltaire ha ensayado vanamente la supremacía literaria. La monarquía absoluta no conviene al hombre. Si Voltaire hubiese comprendido la verdadera grandeza, hubiera procurado su gloria en la unidad, mejor que en la universalidad. La fuerza no se revela por un movimiento continuo, por metamorfosis indefinidas, sino por una majestuosa inamovilidad. La fuerza no es Proteo, es Júpiter.

Aquí empieza la segunda parte de nuestra tarea; será más corta, porque, gracias á la revolución francesa, los resultados políticos de la filosofía de Voltaire son desgraciadamente de una espantosa notoriedad. Sin embargo, será soberanamente injusto el atribuir esta fatal revolución solamente á los escritos del «patriarca de Ferney.» Es preciso ver en ella ante todo el efecto de una descomposición social que hacía mucho tiempo había empezado. Voltaire y la época en que vivió, deben acusarse y excusarse recíprocamente. Voltaire era demasiado fuerte para obedecer á su siglo y demasiado débil para dominarlo. De esta igualdad

de influencia resultaba entre su siglo y él una perpetua reacción, un cambio mutuo de impiedades y de locuras, un continuo flujo y reflujo de novedades que arrastraba siempre en sus oscilaciones alguna vieja columna del edificio social. Representémonos el aspecto político del siglo XVIII, los escándalos de la Regencia, las ignominias de Luis XV; la violencia en el ministerio, la violencia en los Parlamentos, en ninguna parte la fuerza; la corrupción descendiendo gradualmente de la cabeza al corazón, de los grandes al pueblo, los prelados de la corte, los abates de tocador, la antigua monarquía, la antigua sociedad temblando sobre la base común, y no resistiendo á los ataques de los innovadores más que por la magia del hermoso nombre de Borbón (1); figurémonos á Voltaire echado sobre esa sociedad en disolución como una serpiente en un charco, y no nos asombraremos de ver la acción contagiosa de su pensamiento precipitar el fin de ese orden político que Montaigne y Rabelais habían atacado inútilmente en su juventud y en su vigor. No fué él quien hizo mortal la enfermedad; pero él desarrolló el germen, él exasperó los accesos. Era preciso todo el veneno de Voltaire para hacer hervir este lodazal; así es que deben imputarse á ese infortunado una gran parte de las cosas monstruosas de la revolución. En cuanto á esta revolución en sí, debió ser inaudita. La Providencia quiso colocarla entre el sofista más temible y el más formidable déspota. En su aurora aparece Voltaire en una saturnal fúnebre (2); y al declinar, Buonaparte se eleva en una matanza (3).

(1) Es preciso que la desmoralización universal haya echado profundas raíces, para que el cielo haya enviado vanamente, hacia el final de ese siglo, á Luis XVI, ese venerable mártir que elevó su virtud hasta la santidad.

(2) Traslación de los restos de Voltaire al Panteón.

(3) Matanza de San Roque.